

# Un papá gritón



MUSEO  
Casa de la Memoria



Alcaldía de Medellín  
Distrito de  
Ciencia, Tecnología e Innovación





**Fondo Editorial Museo Casa de la Memoria**

Distrito Especial de Ciencia,  
Tecnología e Innovación de Medellín

© de la presente edición:  
Museo Casa de la Memoria

ISBN: 978-628-96735-2-4  
Primera edición: diciembre, 2024

Dirección:  
**Luis Eduardo Vieco Maya**

Coordinación editorial:  
**Juan Fernando Jaramillo Montoya**

Equipo de educación y pedagogía:  
**María Clara Ramírez Gómez**  
**Jessica Sepúlveda Arbeláez**  
**Santiago Restrepo Vélez**  
**Susana Velásquez Velásquez**  
**Juan Fernando Jaramillo Montoya**

Ilustraciones:  
**Daniela Esquivel Hincapié**

Corrección de estilo:  
**Daniela Perrone Martínez**

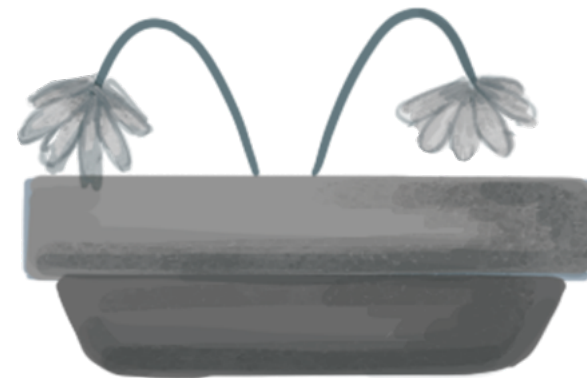
Diseño y diagramación:  
**Daniel Cano Jaramillo**

Profesional en planeación:  
**Carlos Ignacio Bernal Yong**

Calle 51 # 36–66, parque  
Bicentenario  
Medellín, Colombia  
Teléfono: (604) 520 20 20  
[www.museocasadelamemoria.gov.co](http://www.museocasadelamemoria.gov.co)

Queda prohibida la reproducción total o fragmentaria de su contenido sin autorización escrita del Museo Casa de la Memoria. Así mismo, se encuentra prohibida la utilización de las características de una publicación que puedan crear confusión. El Distrito de Medellín dispone de marcas registradas, algunas de estas citadas en la presente publicación, las cuales cuentan con la debida protección legal.

Toda publicación con sello Alcaldía de Medellín es de distribución gratuita.





Un papá gritón



¿Alguna vez han visto un barrio muy, muy bonito? Pues este era uno de esos. Pero no bonito por sus casas, sino por su gente. Las calles eran muy alegres y los niños que jugaban por ahí no pronunciaban malas palabras. Allí vivía Aurora, una niña bajita y con una sonrisa que siempre iluminaba su cara. Cuando iba a la escuela, sus días se hacían aún más felices, todos eran amables, con buenos tratos y nadie hacía cosas feas como robar la comida de los compañeros, dañar sus cuadernos y otras cosas impensables en el barrio.

Justo al frente de la casa de Aurora, vivía Robin en una casa fea y oscura. Pero no fea por su apariencia, sino por su gente. Quienes vivían allí siempre estaban peleando y se trataban mal. Robin llegaba cansado y enojado a clase y sus amigos no entendían muy bien qué pasaba.



La profesora Fernanda, una mujer muy dulce, aseada y organizada, mantenía la escuela muy bonita y limpia. Aurora y el resto de los niños le ayudaban a que esto fuera así.

—Esta es la mejor manera de lograr lo que queremos —les decía la profesora—: estando juntos.

Robin era el único niño que era diferente: respondía grosero y botaba en cualquier parte todos los plásticos y las botellas después de utilizarlos. No había poder alguno que hiciera que Robin se comportara como un niño educado. Cada vez que Aurora intentaba preguntarle algo, él le respondía con un grito, pero ella, siempre dispuesta a ayudar, se la pasaba buscando una manera para que él estuviese mejor.





Un día Robin llegó llorando al salón. Tenía un golpe en la mejilla y los brazos morados.

—¿Qué te pasó? —le preguntó la profesora Fernanda.

Pero Robin solo lloraba y se pasaba las manos por los moretones. Finalmente, cuando se calmó, dijo que su papá, don José Hiperto, les pegó a él y a su mamá, doña Clarita, porque le habían servido el desayuno frío.

—Se enojó mucho —dijo entre sollozos—. Se levantó de la mesa y nos golpeó. Yo quería defender a mi mamá...

—¿Ya les había pegado antes?

Robin asintió con la cabeza. Sorprendida, Aurora lo abrazó y le dijo a la profesora:

—¡Profe! Tenemos que ayudar a Robin.

—Así es, Aurora —miró a toda la clase—. Niñas y niños: quiero que sepan que no están solos y que estos actos no son su culpa. Nadie merece ser lastimado y menos por alguien que debería cuidarlos. Recuerda, Robin, que siempre puedes contar conmigo y con todos nosotros en la escuela.

Así que a esto es a lo que se refiere la profesora cuando habla de estar juntos, pensó Robin.





—Se me ocurrió algo —dijo Aurora—: escribamos entre todos una carta al papá de Robin para invitarlo a la escuela a que desayune. Vamos a prepararle la mejor comida que haya probado nunca, ¿qué les parece?

—¡Qué gran idea! —respondió la profesora Fernanda.

Robin abrió los ojos y agitó la cabeza diciendo que no, que su papá era muy bravo. Pero los niños le contestaron que confiara. Todas y todos dieron ideas y escribieron la carta. Fueron tejiendo las palabras y la firmaron con sus nombres.

—Hay un problema —dijo Robin al terminar—. Mi papá no sabe leer.

—Alguna solución encontraremos —respondió alguien de la clase.



Al terminar el día, la profe Fernanda, Robin y Aurora caminaron juntos por las calles alegres del barrio a llevar la carta. Cuando llegaron a la casa y tocaron la puerta, el niño se escondió detrás de la profesora. Después de unos minutos, salió su papá con el ceño fruncido.

—¿Qué buscan? —gritó—. ¡Entre a la casa, Robin!

—Mucho gusto, señor José, yo soy la profe Fernanda, vengo a entregarle una carta que los niños le escribieron.

—Dígame Hiperto. Los nombres cortos no me gustan. Además, ¿carta para mí? Usted no se equivoque: nadie me escribe cartas.

—Don Hiperto, si me permite, puedo leerle la carta.





El hombre agitó una mano en el aire como si no le importara, lo que la profesora tomó como un sí y comenzó a leer:

—Señor papá de Robin: en el colegio hemos aprendido la importancia de estar juntos. Por eso, todos nosotros lo estamos invitando a desayunar mañana junto a su hijo y a su esposa. Comeremos cosas muy ricas. Los esperamos.

—Mire, profesora, yo soy un hombre muy ocupado, no puedo perder el tiempo.

—Papá, por favor, quiero que aceptes la invitación... vamos con mi mamá.

La voz de Robin sonaba asustada.

—Ay, qué pereza —estaba a punto de decir que no, pero se sintió observado por los visitantes —. ¿Cómo a qué horas es eso?

—Lo esperamos a las ocho de la mañana —respondió Aurora—. Vamos a pasar muy rico.

—Vean, no les aseguro que sí llegue; si voy, es porque no tengo nada que hacer, ¿listo?

Al otro día, la profesora Fernanda siguió las recomendaciones de Robin y prepararon un desayuno con arepa, huevo y chocolate. Todo el colegio olía delicioso.

Pasaron las ocho. Las ocho y diez. Las ocho y cuarto. Todos estaban ansiosos. Cuando perdían la esperanza, sintieron el sonido de una moto furiosa y acelerada, las ventanas se estremecieron.



¡Bienvenidos  
Don Hiperto y  
Doña Clarita!



Por la puerta del salón entró don Hiperto y, detrás, con cara tímida, doña Clarita, aunque caminando con dificultad. Todos los niños saludaron y la profe Fernanda los invitó a que se sentaran. Robin les entregó a todos un chocolate caliente y Aurora repartió las arepas y el huevo.

Don Hiperto miró a su esposa y a su hijo, se mandó un sorbo de chocolate y mordió la arepa con huevo, le supo de maravilla. Después de comerse todo el desayuno, Junior, uno de los niños del salón, le pidió permiso para decir algo. Él asintió.

—Buenos días, don Hiperto, somos los compañeritos de Robin. Queremos pedirle, por favor, que trate con cariño a su esposa Clarita y a nuestro compañero. Ellos lo quieren mucho y les duele cuando usted se pone bravo y grita. A nosotros también nos da rabia, y sentimos

ganas de gritar, pero aprendimos que es mejor decir las cosas que nos molestan. Así nos cuidamos entre todos. Usted puede venir a aprender a leer con nosotros. Aurora y yo le podemos enseñar.

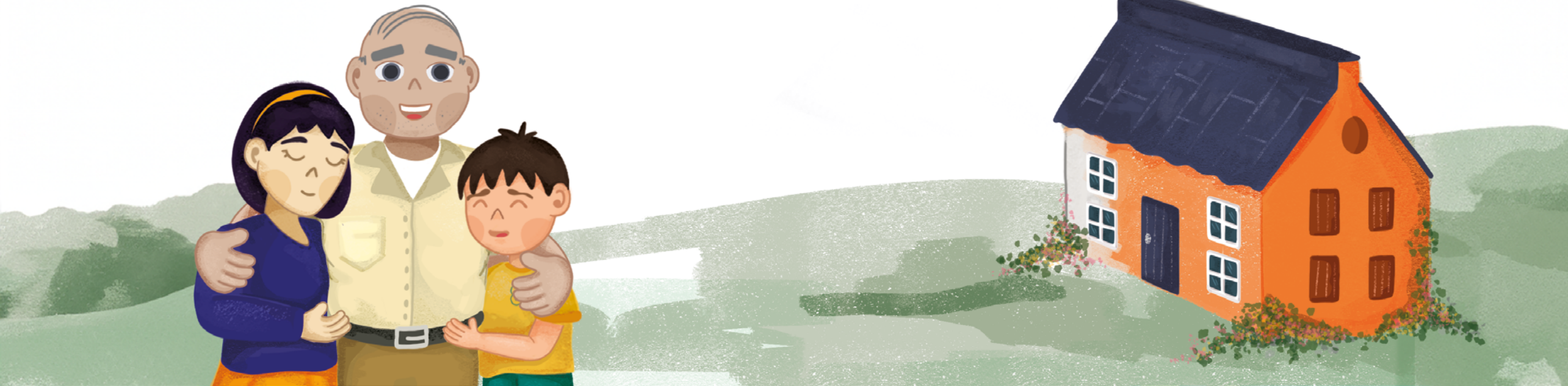
Don Hiperto se puso muy rojo. Robin, asustadísimo, pensó que se enojaría mucho por haberle contado a todos que no sabía leer. Pero el hombre abrazó a Junior y a Robin y pidió perdón a todos. Después, preguntó a los niños si de verdad lo aceptaban para aprender a leer, a lo que ellos contestaron que sí.

—Mañana mismo empiezo. Les prometo que cambiaré y no volveré a ser un papá gritón. Les diré las cosas con amor.



La mañana se despejó y, al otro día, don Hiperto comenzó sus clases de lectura. Así pasaron las semanas y ya leía de recorrido, por lo que en la clase de Robin hicieron una fiesta para celebrar los avances de su papá.

Lentamente, la casa de Robin fue dejando de ser tan fea. Y no porque la hayan pintado o porque hayan sembrado flores en su jardín, sino porque sus habitantes entendieron que el amor y la unión son la mejor manera de mantener un hogar.











MUSEO  
Casa de la Memoria



Alcaldía de Medellín  
Distrito de  
Ciencia, Tecnología e Innovación